VII.

tana, dió tres golpecitos y tosió. La luz que á través de las rendijas se veía, extinguióse en el mismo momento en que él se asomaba.

—Quizá no haya sido ella—se dijo; y pausadamente con toda tranquilidad, encendió un cigarro y se puso á dar vueltas frente á la casa de su novia, esperando que abriera, pues eran las nueve: hora de reja.

Dieron el cuarto, y la casa permanecía sin ruido alguno, la alcoba silenciosa y obscura. Volvió otra vez á la ventana, y repitió la tocesilla lo mismo que los golpes ligeros.

-Es raro, pensó es más puntual que yo: más me dilato en dar la señal que ella en abrir. Debe haber ocurrido algo.

A medida que transcurrían los minutos sus pasos volvíanse irregulares, descompasados y nerviosos. Cuando dió la media su faz se ensombreció perdiendo en un instante su habitual humor bello y alegre.

¡Oh! era necesario dar una lección á esa niña que por primera vez se permitía darle un plantón. Si él lo toleraba ahora, ya tendría para divertirse en lo sucesivo. ¡Bah! como si no supiera quienes son las mujeres! Y le vino una idea: retirarse de allí, no volver en dos dias, en cuatro dias, ó en una semana ¡caramba! ¡Que ella sienta todo el peso de su falta y no le quede más gana de repetirla!

Pero en lugar de llevar á cabo tan feliz determinación, el buen chico como buen enamorado pensaba una cosa y hacía la contraria, no se movió de su sitio y como esculpido en la pared permaneció con los ojos fijos en la ventana, esperando á cada instante verla abierta. Bien es cierto, que una corriente inversa de nuevas reflexiones convertíalo en prudente. ¿No era en efecto violentarse demasiado, cortando asi de repente con su novia, en vez de esperar á que la niña saliera á la hora que se le antojara, y entonces hechas las explicaciones del caso, si á ello se veía obligado, decirle cuantas son cinco.

Porque bien vistas las cosas, era posible

que alguna visita, ocupación urgente, asunto grave de familia, etc. la retuviera. Sin embargo, no se explicaba muy claro aquello de que en el momento en que él llegó é hizo la señal, como por encanto la luz de la alcoba se extinguió. ¡Ah! no era posible engañarse. Esther lo tenía allí plantado con toda una maligna intención. De no ser asi, aun sin abrir la ventana, ella que indiscutiblemente estaba en su pieza cuando él llegó, pudo haberle dicho «espera un momento.»

Jesús se irguió soberbio, arregló su sombrero, se abotonó el saco y.....tampoco en esta vez se marchó; no parecía sino que la esquina lo atraía con fuerza irresistible y lo clavaba como un poste.

Jesús era un muchacho pálido, de mejillas marchitas, mirada lánguida y de constitución endeble. No correspondía su físico á su espíritu ardiente y exaltado. De carácter franco, alegre y bromista, corazón siempre abierto, conservaba un dejo en el gesto, que hacía recordar las maneras de su pueblo en la costa; era bien querido de los estudiantes, y siempre había vivido entre ellos en casas de asistencia. Simpatizaba cordialmente, con Pancho sobre todo, dadas sus mutuas afinidades de ideales y su entusiasmo por el

sexo débil. Ligero y veleidoso, en un rapto de entusiasmo, se había prendado de Esther, una joven chihuahuense recientemente llegada á la ciudad. Esas relaciones se habían efectuado de la manera más sencilla y rápida. Una tarde calurosa de abril, Jesús se paseaba por su habitación, huyendo al peligro inminente de tirarse en la cama y quedarse dormido sin concurrir á la oficina donde trabajaba como ayudante del tenedor de libros, encorbado diariamente frente á un escritorio, abriendo amplio camino á una tuberculosis prematura. Una pesada y ruidosa diligencia se detuvo frente á la casa. Jesús corrió al balcón. Descendía una señora de edad madura, simpática y elegante, tras ella saltaron ligeras tres jóvenes, la más chica ya casadera, y la mayor muy confortable aún; después bajaron á un rollizo chiquitín profundamente dormido.

—¡Qué guapas!—se dijo Jesús, sintiendo su pecho dilatarse con alborozo, en previsión de próximas conquistas—¡Ah! ¡qué vecinitas tan lindas voy á tener!—repetía regocijado. Y no fue de en valde tan anticipado entusiasmo; una de las niñas, la más alta, aprisionada en largo saco de holanda que ocultaba su esbeltez, apenas hubo entrado á la casa, abrió

una ventana, y con aire vivaracho empezó á reconocer el vecindario. En tal situación se encontraron los ojos de la niña con los de Jesús que ya palpitaba de tierna emoción.

Y ¡vaya si estaba graciosa la nueva vecinita!: sus cabellos rubios un poco desordenados en la frente, se apretaban en grueso y flojo nudo en una nuca delgada y nerviosa; sus ojos de un café claro eran una caricia. Sin una linea sóla que turbara la pureza del perfil, sin una sombra que alterara la blancura nácar de su frente y de sus frescos carrillos, parecía una virgen bisantina.

No se encontraron mal sus miradas, pues á la primera pronto siguió la segunda, y después de esta fueron incontables. Esther, que era la joven recién llegada, salía bajo el más fútil pretexto á la puerta, ya se asomaba á una ventana, ya á la otra; y con el aire más natural del mundo, á los pocos minutos, ya sin ambajes ni rodeos, fulminaba con sus ojos al infeliz de Jesús que se había vuelto un bloque en el balcón, recibiendo la ardiente reverberación de un sol que derretía.

Así se pasó la tarde sin acordarse del escritorio, ni de él mismo. Cuando obscureció y que ya era indispensable retirarse de ahí, despertó como del más hermoso sueño y con la convicción profunda de que ni él había nacido para amar sino á su recién llegada novia, ni ella podría amar á otro que á él. Y cuando Pancho llegó, le contó las grandes novedades, con alegría rayana en locura; y habría brincado, bailado y maromeado, si el estrecho local se lo hubiera permitido.

Al día siguiente, los muchachos se entendieron, y las ilusiones tornáronse en vías de hecho. Sin gran trabajo consiguió entrar á la casa de su vecinita. La mamá era la más amabilísima suegra que se puede imaginar: en cuanto se había impuesto de que el oportuno pretendiente no era estudiante y de que además del empleo, con sueldo regular, poseía algunos bienes de fortuna, convirtióse en un ángel de bondad auténtico. ¡Magnífica mamá que llevaba consigo un pilluelo de tres años, atrapado por una de las niñas, sabe Dios en donde!

Como es de suponerse pronto las mesadas de Jesús se invirtieron en obsequios á tan cariñosa familia. Esther, con el corazón en libertad, un corazoncito que la nieve del norte había congelado, se dejaba amar, contenta y satisfecha de que á su novio le extasiaran sus ojos claros, sus menudos y blancos dientecillos, su nariz afilada de serafín y su

color acerado y transparente. Por otra parte, para Esther el amor de Jesús tenía un encanto: la novedad. Nacido en el fondo de las vírgenes florestas de la costa, algo llevaba en su alma de los ardores del trópico; era impetuoso y tenía momentos de entusiasmo loco, no obstante su engañador aspecto de linfático. Algunas veces tenía arrebatos que causaban miedo. La tomaba estrechamente entre sus brazos y frenético la besaba hasta causarle dolor. A esos raptos amorosos seguíales periodos largos de tal depresión y desencanto, que Esther temió que su novio descubriera al fin, que era un impotente para fundirla á ella: un bibelot de mármol.

Dos meses llevaban las chihuahuenses en su nuevo domicilio. Habíase tornado el humilde local de la calle de Belén por una bonita casa en la del Carmen, gracias á la repentina protección de un don Pedro, viejo comerciante en ropa, dueño de casa en los Portales, solterón empedernido, mujeriego impenitente y de reputación no muy limpia. Y era esta la razón principal por la que Jesús había preferido venir á platicar con su novia por la ventana, evitándose asi el encuentro con el viejo que ya se había convertido en miembro de la familia, que lo

veía con el más alto desdén y que, por de contauo, le era profundamente antipático. Lo peor de todo era que Jesús había dado y tomado en que don Pedro, á quien pretendía, era á Esther. Y con tal motivo no eran pocos los altercados á últimas fechas; por más que Esther hacía prodigios de elocuencia para convencer á aquel chico testarudo, de que la conducta de mamá é hijas con tan distinguido personaje no podía ser otra que la que la decencia y buenas maneras imponen en la vida de la sociedad.

El amor propio de Jesús estaba, pues, grandemente interesado. Y era suficiente la sospecha de que el viejo, sólo por rico, pudiera quitarle la novia á él joven y guapo, disputado no poco por las muchachas—al menos él lo creía—para que hubiera esperado no una hora sino días enteros hasta obtener la explicación ansiosamente deseada.

Al fin se abrió la ventana, y Jesús, como movido por un resorte, se disparó sobre ella ciego de ira.

Esther aparecía envuelta en un ancho chal de lana azul que hacía resaltar la blanca palidez de su cara. Una sonrisa bondadosa y la tranquilidad de su semblante la tornaban en un ángel de inocencia. Ingenuamente tendió sus blancos y delgados dedos á Jesús que, áspero, se negó á tomarlos.

—¡Qué bien lo has hecho!—dijo con voz apagada y trémula— ¡Admirablemente! Cuentas, sin du la, con que tienes un mentecato á quien puedes hacer rabiar á tu gusto. ¿Verdad? Y bien, no quiero explicaciones: tus hechos me bastan. Soy un necio y un fastidioso; te estoy dando la gran lata, verdad? Pues entonces ¿á qué vienen estos rodeos?; ¿por que no me hablas claro? Estorbo, ya lo he visto.

—¡Válgame! Jesús, ¿qué te pasa? vienes hecho una fiera. Lindo, ¡por Dios!, me das miedo con esos modos, te lo aseguro.

—Acabemos de una vez, Esther. Te suplico.....

-Pero si ni ha sido tanto lo que me he dilatado.

—No, no ha sido tanto, mira, apenas las diez y media......cualquier cosa para un mansurrón que sabe aguantarse ¿verdad?—replicó mostrándole el reloj á la luz del foco eléctrico.

—Calla, Jesusito. Fue cualquier cosa; una fórmula social:...nada serio

-Ignoro que objeto te propones humillándome de esta manera.

-Pero si yo no.....

—No me creas tan imbécil. Si no te conviene....digo si ya no quieres....pues clarito, hablando se entienden las cosas. Te aseguro que ni el mundo tiembla ni resucitan los muertos. Conque tú lo sabes.

La inalterabilidad de Esther contrastaba con la tremenda exitación de Jesús; y mientras aquella se gozaba en su maligna broma, éste se ardía y estaba á punto de descender á la grosería. En el semblante de Esther no se había descompuesto una sola de sus lineas suaves; sus ojos claros, con igual expresión á la que, en ocasiones distintas, conservaban al recibir el torrente de miradas ardientemente apasionadas.

—Te digo que te estás haciendo muy tonto. ¡Por Dios!, niño, que no ha sido mas que una ocupación cualquiera.

—Bien, terminemos de una vez, ¿qué fue lo que te ha obligado á burlarte de mí.

—¡Y dale, Chulo! Ve moderándote. ¡Dios mio!, con ese genio salvaje nadie te va á aguantar. Eso no está bien, Jesús. Tú, un muchacho de educación. Ya te lo digo, fue cualquier cosa, casi nada.

—Peor está tu disculpa, porque si eso no fue nada, y valía más que yo.....

- -Una fórmula social, te lo repito.
- -No te entiendo.
- -Pues vienes muy torpe.
- —Tan torpe que me voy en el acto. Te suplico me envies mis cosas con la persona que mañana mismo te traerá lo tuyo.
- —¡Bah! espera primero que te diga en qué me entretuve: mas has de prometerme ser un muchacho juicioso.

Esther permanecía impasible, en su mirada no había ni una nube: pura y transparente como un lago.

- —Dímelo, si gustas, pero te ruego que sea pronto.
 - -Bien, pero primero prométeme quietud.
 - -Esther, yo no soy burla de nadie.

La mirada de Jesús fué tan intensa como una brasa, y apenas si, en ese instante, una momentánea turbación hizo extremecer á Esther. La muchacha tragó saliva y, valiente, le espetó lo mejor que le tenía.

—¡Oh, hijo! si me burlara de tí ya te habría tomado la palabra. Me has dado calabazas, pero no te las recibo porque en este momento tú te has vuelto mas calabaza aún. Conque mira, me entretuve porque D. Pedro estaba en la sala. Mamá ni las muchachas están en ca-a; comprende que habría sido una

falta incalificable haberlo dejado solo.

Jesús sintió estallar el corazón, pero una sonora risa de Esther, que ahora le tomaba con fuerza las manos impidiéndole desprenderse, lo desconcertó al principio, haciéndole comprender al fin, que todo no era mas que una broma.

- —De todos modos,—dijo,—tú te has burlado de mí.
- —Si, ¿verdad? ¿verdad que es muy desagradable que le den á uno un plantón de dos horas como el que anoche me dió usted, señor pillo, indecente, desmemoriado; y todo por preferencia á sus reuniones con amigos borrachines? ¿Eso si está admirablemente hecho?

Y ahí quedó todo, al repiqueteo de sonoros besos, á los que los curiosos de la vecindad estaban acostumbrados, se celebraron las paces, y los novios siguieron contentísimos.

¿Sabes la gran novedad?—dijo Jesús—Lisa se ha escapado hoy con Pancho,

-Lisa, ¿cómo? ¿cuando?

Esther sintió su corazón rebozante de júbilo. Detestaba á su antigua vecina por un desaire que les había hecho á ella y á toda su familia. Recientemente llegadas á la ciudad, les pareció conveniente enviar reca-

dos ofreciendo su amistad á algunos vecinos y entre estos á la casa de Lisa. Y, ¡vaya con la majadera! Si al menos lo que pensaba se lo hubiera comido, nada importaría: se pagarían en la misma moneda; pero decir delante de su mismo criado: «para mí las chihuahuenses no son mas de unas de tantas» era una cobardía y una infamia.

Esther regocijada profundamente, se despidió de Jesús, y se metió pensando en una venganza.

Apagó la vela, entrecerró los ojos, hundiendo su rubia cabecita entre las blandas almohadas.

«Conque Lisa se ha huido con el novio. ¡Bah! y esa es la mogigata que se burló de nosotras. Merecido lo tuvimos por tontas al no haber descubierto desde luego la clase de gentecilla que son. María Luisa ha dicho que somos unas de tantas; pero María Luisa no es todo el mundo, y todo el mundo si dice: María Luisa es una medierilla....una medierilla que se ha escapado con un zascandil, ja...ja...ja...ja. Ahora verás como me vengo. Tú has conquistado á Pancho, y no es él, sino tú quien ha hecho ese rapto. Eso es claro como la luz. Estás vieja y tienes miedo que se te pase la edad sin tener un

barbilindo. Vas á aburrirlo en un momento. Yo esperaré la oportunidad: te quito el amante y, cuando hayas rabiado entonces á él también lo despacho en hora mala. Los dos sois iguales y para ambos tengo igual desprecio.»

Y asi, poco á poco sus pensamientos se fueron apagando en un sueño tranquilo y reposado.

A poder ver en aquel momento su semblante, habríase uno admirado de aquellas lineas correctas é inmutables, de aquella faz angelical y pura de una virgen de Boticelli.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSIDAD
NOTA 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII.

ESPUES de una mañana brumosa, de incesante lluvia, de fastidio infinito, la tarde se abría diáfana, bajo un cielo transparente y sereno, bañada por un sol tibio é impregnada de frescos aromas estivales. La gente anciosa de luz y de calor, atraida por aquella esplendidez, se desparramaba por las avenidas hacia los paseos públicos, en el bullanguero y alegre alboroto de los dias festivos. En la plaza de armas, una multitud disímbola, en desorden indescriptible, asaltaba los asientos de los tranvías de «El Agua Azul», precipitándose dentro de ellos, en loca confusión.

Nueve coches apretados de gente, tambaleábanse y partían en medio del desconsuelo y algazara de los que no habian alcanzado sitio. En aquella aglomeración, encontráronse en asientos de frente, Lisa y Pancho en una cabecera del tranvía, y Esther y Jesús en la opuesta. Aunque no era la primera vez que las dos parejas se veian, Lisa sintíó vergüenza, y bastante cortada saludó tímidamente á su ex vecina. Esta, apenas si se dignó contestar con imperceptible inclinación de cabeza; pero no disimuló una cariñosa mirada para Pancho. Lisa se empurpuró al desdén de la otra chica que, á mayor abundamiento, iba muy guapa, y elegante.

—¡Uf!—dijo al oido de Pancho,—¡qué orgullosa! ¡Al menos que no se supiera de donde le vienen sus catrinerías! Y, qué lástima de foular tan precioso!, ¡qué desgracia de encajes!: todo para una pobre tabla.

La airada muchacha asestaba el golpe sobre el defecto capital de la espiritual chihuahuense. Pero era necesario toda la perspicacia de una mujer, y todo el odio de una mujer humillada, para adivinar aquella pobreza de morbideces. Esther sabía llevar el traje más elegante con todo el chic de la que de verdad lo es, y ese era su crimen; con la agravante de poseer una maravillosa habilidad para esconder su delgado busto entre los pliegues flotantes de su blusa, entre co-

pos de gasa y encajes, que le acrecentaban su arrogancia.

Con el más alto desdén, Esther fingía haberse olvidado de Lisa, é indiferente, perdía sus miradas á lo lejos, allá sobre las llanuras enverdecidas, sobre los árboles bruñidos por la lluvia, sobre las acanteradas torrecillas de San Pedro surgiendo entre un verdor variado. En tanto Lisa le criticaba con saña, desde los choclos que coquetamente dejaba asomar á la orilla de su falda, hasta el sombrero lila, triste prenda sin compañero al decir de la airada muchacha.

Como por casualidad, Esther paseó su mirada por entre la multitud, deteniéndola un momento sobre Lisa, el tiempo precisamente indispensable para examinarla de los pies á la cabeza. Lisa se irguió entonces amenazadora mostrando su cuello moreno, pero lleno y redondo, su pecho estallando de vida y de odio.

El coche se inclinó sobre una curva pronunciada de la via y llegó á la estación de parada. Como un rocío de frescos colores, el césped esmeralda ostentaba los más variados trajes: gasas claras y espumosas, vestidos de alegres luces, ya diseminados como un puñado de confetti, ya en grupos pintorescos á la sombra de los olmos, ya desfilando, como hormigas multicolores, al borde la presa.

Al detenerse los tranvías, la confusión se reprodujo: las muchachas saltaban con desenvoltura, y al descuido descubrían diminutos y elegantes calzados; alguna humilde en el vestir, se resignaba á virtuoso recogimiento, lanzándose al suelo cual pesado saco de arena. Matronas venerables mostraban sin empacho pantorrillas como botas de vino. Elegantes sin educación habríanse campo á fuerza de codos, y mutuamente se obstruían el paso los que llegaban y los que volvían. Y en medio de la algarabía, del desorden alegre, se percibían apenas los desabridos lamentos de una banda que, en el portalito ejecutaba el miserere del Trovador.

Lisa esperó tranquilamente á que bajara Esther primero. La desprevenida niña saludó con sequedad, pero más seca fue la contestación de Lisa que, con profundo desprecio, sólo levantó la cabeza para clavarle una mirada penetrante y llena de soberbia. Tomó luego el brazo de Pancho, y, ligera, en un brinco se puso en el suelo, contenta ya, y satisfecha de su venganza.

Pancho, que había perdido esta escena, y que pensaba en cosas muy distantes cuando Lisa se encarnizaba en su crítica maligna, dijo con ingenuidad:

-Qué simpática es Esther ¿verdad?

Lisa se sorprendió,—¿Cómo? ¿simpática? No lo digas, Pancho: Es una coqueta de marca. Me admira que el pobre de Jesús ¡tan bueno que es! se halla dejado atrapar por esa.....

—Cállate, no digas nada, tú quieres juzgar por las hablillas.....

—Pero, mi vida, ¿qué no ves el tipo? ¡bah! si no quieres creérmelo á mí, pregúntaselo á Juana. Ella sabrá contarte quien es la prenda.

—¡Tu tía! ¡Cómo si la infeliz fuera capaz de hablar bien de alguien! Fue soldadera....lo es y lo será mientras viva....

—¡Pancho!—exclamó Lisa con voz débil. Quiso hablar más, pero no pudo; abrirse otra vez la herida dolorosa que tanto la había hecho sufrir. ¡Oh! si, pensó, ¡no me ama, no me ama ya! Su amante no era aquel exquisito de ingenuidad encantadora, delicado hasta en los más insignificantes detalles, que le velaba el pensamiento, pronto á satisfacerle cuanto capricho se le ocurriera; incapaz de cometer la más ligera falta. Ya era un gruñón como cualquier marido tosco y vulgar.

Poco se le daba hacerla enrojecer á cada instante, ya señalándole algún defecto de ella ó de sus parientes, ya recordándole su impuro origen.

Tomada del brazo de él, atravesaba entre la multitud sin darse cuenta de la belleza de la tarde. Sobre el lago irradiante en destellos argentados, se tendían flotantes algas de un verde cobrizo, los nenúfares en apretados grupos se levantaban en sus combos tallos; un beso de purpúrea luz palpitaba en las ondas temblorosas.

En un recodo de espesura de álamos y sauces se encontraron de nuevo con Jesús y Esthér. Lisa se sintió presa de un desfallecimiento, sus piernas flaquearon vacilantes, sus fuerzas la abandonaban, cuando sorprendió una mirada lujuriosa y cínica, que en su misma cara, Esther lanzara á Pancho.

Cuando se repuso de la inesperada y dolorosa impresión, creyó haber descubierto el origen de sus males, el secreto de su desgracia, y respiró como si el deseo infinito de venganza la hiciera feliz en su dolor supremo. Mas una reflexión apagó su ira, que se tornó en angustia más grande: aquel desafío que le arrrojaba la odiada chihuahuense, no era leal; era un latigazo á mansalva y en su rostro indefenso, Lisa no podía ahora entrar en lucha abierta con su rival; era una derrotada de antemano, puesto que su influencia sobre Pancho se había reducido a la nada. Y sólo el miedo á la última desilución, bastaría para detenerla en una prueba aventurada, casi fatal para ella. Y á su dolor añadía otro mayor: el veneno de los celos se infiltró en su organismo todo nervios, y la sacudió despiadado, como el huracán á un tierno arbusto. El llanto se ahogaba en su pecho, el corazón se debatía fatigado y herido de muerte.

Volvieron á la plaza. Lisa no pronunciaba una palabra, temiendo descubrir la tempestad en que se debatía su alma abandonada. Pancho estuvo entonces tan atento, de tan bello humor, que Lisa acabó de confirmarse en su idea. Sí, asi era de impresionable, de alegre y de parlanchín, cuando conquistó su amor. No lo podía dudar: Pancho amaba otra vez, pero no era á ella. Y en la negrura de su dolor, volvió á centellar el deseo de su venganza.



IX.

RES meses de vida en común habían sido suficientes á aquella pareja, en que la mujer amaba y el hombre tan solo saciaba su sensualismo, para que la débil cadena que los unía cayera rota al primer impulso. Lisa había comprendido su locura de amor al disiparse las primeras sombras de su embriaguez. Su negro destino la había arrastrado hacia aquel ideal de realización imposible! Y el contraste de sus temperamentos y de sus energías la empujaba con más fuerza á una ruptura violenta. La fatiga del macho era el aguijón punzante que mantenía en tensión invensible á la hembra. Y á medida que él pugnaba por separarse más y más lejos de aquella mujercilla nerviosa, que le empalagaba hasta el hastío, ella no perdía medio alguno de seducción por conservar aquella ilusión única de su vida.